

Tema 4. Finalidad y motivación

4.1. La motivación

A. La forma de la personalidad depende del fin

La personalidad está compuesta por una multiplicidad de elementos, y todos ellos contribuyen a que cada persona tenga una personalidad única. Pero esta variedad de componentes tiene como principio rector y unificador el fin último que la persona se propone. Si la causa material de la personalidad son sus hábitos, la causa formal es el orden de esos hábitos, que a su vez depende del fin a que globalmente se orientan. Comprender la vida personal, implica tener en cuenta el fin al que se orienta. Dice F. Canals:

“La vida humana que consiste en las acciones no es ya pensable ‘biológicamente’; ni siquiera se puede dar razón de ella, en su existencia concreta -sino sólo en cuanto a las estructuras que la hacen posible como desarrollo de la plenitud del ente personal- desde una antropología universal. Resumiendo la terminología anteriormente aludida, diríamos que estamos ante aquello que, en su existencia concreta, pertenecería en cada caso a la ‘biografía’ de cada hombre como persona.

En esta perspectiva, el ‘principio’ de la vida humana no ha de ser buscado en la línea de la esencia específica, como ‘forma constitutiva del hombre como tal, sino que tiene que ser caracterizado, como principio de la vida humana, como el fin y bien que pone en marcha dinámicamente su proceso. ‘El bien es aquello a que tiende la operación del viviente’. La reflexión sobre el sentido de la vida humana tendrá su punto de partida en la consideración de aquello a lo que ésta tiende como término deseado, como blanco al que apunta toda ‘elección y acción’, y porque ‘los principios de la acción son los fines en orden a los cuales se obra’, no podrá darse razón del movimiento dinámico característico del vivir humano sino desde la contemplación del orden de la vida al ‘bien humano’ como tal.”¹

La vida humana, es decir, la persona humana considerada desde el punto de vista operativo, no se explica suficientemente desde sus constituyentes entitativos, sino principalmente desde el fin o bien, que quiere obtener o que desea manifestar.

B. Distintas posturas sobre el papel de la motivación

Nosotros tratamos el tema de la motivación en el contexto del estudio de la influencia de la finalidad en la personalidad y en la conducta, pero no todas las escuelas psicológicas han dado a la motivación el lugar central que le corresponde. En este sentido, siguiendo a Joseph R. Nuttin², podemos distinguir las siguientes posturas contrarias a la noción de motivación:

a. Homeostática: Es la postura que ve al psiquismo o al organismo como un conjunto de energías antagónicas en equilibrio. La conducta sería causada por la ruptura de este equilibrio, producida por un agente exterior, y no por el

¹ F. CANALS VIDAL, *Sobre la esencia del conocimiento*, 616-617.

² J. NUTTIN, *Teoría de la motivación humana. De la necesidad al proyecto de acción*, Paidós, Barcelona 1982, 20-23.

intento de realizar un bien. Sostienen esta postura autores tan dispares como Hull y Freud.³

b. Asociacionista: La conducta no sería motivada por un fin perseguido, sino causada por una asociación (de ideas, para el empirismo clásico; de estímulo y respuesta, para el conductismo radical).⁴

c. Fisiológica: Esta postura busca como factor activador de la conducta principalmente las necesidades fisiológicas, que pueden llegar a ser inconscientes.⁵

d. Activista: Es la postura contraria. Constatando que la vida psíquica (y la orgánica⁶) no es sólo receptora pasiva de estímulos, sino que tiene un rol activo en la percepción y la conducta, algunos autores (humanistas y constructivistas), exageran este carácter activo sosteniendo que toda la conducta procede (en el hombre) de su propio poder, sin necesidad de un factor motivante. En breve volveremos sobre el tema de la indigencia y la plenitud en la motivación del comportamiento y la acción.

e. Adaptacionista: Se trata del "modelo darwiniano de la adaptación biológica", según el cual la selección natural no supone el finalismo. En el fondo, se reduce al modelo homeostático.⁷

f. Cognitivista: según esta postura, lo que causa la conducta es el "resultado anticipado" por la cognición.⁸ Se evita de este modo hablar de motivación finalista. Aunque, si este "resultado" es visto como un fin, que es un bien o valor, se acerca a nuestra postura.

C. El carácter motivador del fin

³ *Ibidem*, 20: "Uno de los esquemas más 'clásicos' concibe la conducta en términos de *movimiento*. Se trata, pues, como en la física tradicional, de hallar una 'fuerza' que ponga en marcha la conducta estudiada. En este contexto, nociones tales como inercia, capacidad de trabajo y energía nos llegan, totalmente definidas, de un dominio al que la psicología, a fines del siglo XIX, solía pedir prestados sus marcos conceptuales."

⁴ *Ibidem*, 20-21: "En efecto, se concibe la conducta menos como una descarga de energía que como una reacción *asociada* a un estímulo. Este estímulo se convierte en el punto de partida de una reacción que, a su vez, tiene su término en otro estímulo (el alimento, por ejemplo), que *refuerza* -positiva o negativamente- la *asociación* establecida. El estímulo-punto-de-llegada y "reforzador" no es otra cosa que el objeto que -en otros marcos conceptuales- es concebido como *objeto-fin*. Es el caso, por ejemplo, del estímulo *alimento* en el condicionamiento clásico e instrumental. De tal modo, el estímulo-punto-de-partida y el estímulo-punto-de-llegada, ayudados eventualmente por la asociación reforzada, cumplen el papel de la motivación. Para evitar el término motivación, sujeto a sospecha, el alimento es concebido como un agente de refuerzo, no de motivación. El término motivación recuerda demasiado la noción de finalidad y de anticipación (como el término *valencia* o *incentivo*), en tanto que refuerzo es concebido como un estímulo que sigue a una respuesta."

⁵ *Ibidem*, 21.

⁶ *Ibidem*, 22: "Contrariamente a lo que se pensaba hasta hace aproximadamente cincuenta años, la célula nerviosa no tiene necesidad de una excitación llegada del exterior para estar activa; no es fisiológicamente inerte; su estado natural es la actividad, no el reposo; no es solamente *reactiva*, sino *activa* en forma continua (Hebb, 1949). De modo que el cambio en las condiciones externas o internas no es la 'causa' de un proceso en un organismo, de lo contrario inerte; es preciso concebirlo, más bien, como *modificando* procesos en un sistema autónomamente activo (Bertalanffy, 1960; 1966, pág. 719). En el ámbito psicológico se podría haber sospechado tal cosa desde hace largo tiempo. En efecto, el ser vivo 'se comporta' desde el nacimiento hasta la muerte; si el estímulo le falta, lo busca."

⁷ *Ibidem*, 23.

⁸ *Ibidem*.

Pasemos, entonces, a explicar nuestra posición, que es además la de la psicología más tradicional, desde Aristóteles. Característica de toda acción es el ser intencionada, es decir el estar en tensión hacia un objetivo que la motiva. Por esto, toda acción está motivada; motivada por aquello a lo que se dirige como objeto, que es su fin. Toda conducta se dirige a un fin.

Para comprender la acción y la conducta, y la estructura operativa habitual de la persona, es fundamental entender su *motivación*. Etimológicamente, motivación quiere decir acción de mover. Motiva todo aquello que mueve. En el caso de la conducta, se trata de los múltiples factores que causan la conducta. Pero generalmente se reserva la expresión motivación para la "causa final". Lo que me motiva es lo que quiero obtener por medio de la conducta, mi meta u objetivo. Algo que me motiva, es algo que, conocido, atrae mi apetito, de manera que hace que yo desee conseguirlo. Una persona está "motivada" cuando está anímicamente muy atraída por algo que se le ha propuesto, de manera que está dispuesta a hacer los esfuerzos necesarios para conseguirla. Por el contrario, la causa de la desmotivación es la ausencia de un fin o bien que atraiga al apetito. Esto se puede deber a que el bien se percibe como existente, pero se juzga imposible de alcanzar; o a que se lo desconoce como bien para uno, como veremos.

En el estudio de una conducta no basta analizar la materialidad de las acciones realizadas. Tampoco estudiar la "causa eficiente" que la pone en marcha. Es necesario comprender hacia dónde se dirige, qué fin motiva tal conducta. En la psicología contemporánea, tanto el psicoanálisis de Freud como el conductismo radical le han prestado poca importancia, o lo han negado totalmente, cerrándose en la consideración de la materialidad de la conducta, o de la causalidad eficiente, pero perdiendo su sentido, que es el que nos la puede hacer comprender. Entre los autores de psicología profunda, Alfred Adler tiene el mérito de haber vuelto a colocar la finalidad como clave fundamental para descubrir el "estilo de vida" de un individuo. Dice Adler:

"Lo que primeramente podemos colegir de las exteriorizaciones anímicas es el movimiento orientado hacia un objetivo, por lo cual hemos de dejar aquí sentado que es una conclusión engañosa la de representarse el alma humana como un todo en reposo, pues que, por el contrario, sólo nos la podemos representar en la forma de fuerzas móviles procedentes de una base única y encaminadas hacia una meta también única. No nos podemos imaginar una vida espiritual sin una meta, en dirección a la cual se desarrolle el movimiento, la dinámica en dicha vida contenida."⁹

En la psicología académica, W. Stern fue tal vez el primer estudioso de la personalidad que la consideró como factor central. No tardaron tampoco otros autores, que partían de presupuestos conductistas, como E. Tolman, en rechazar el conductismo radical, que no permite ni siquiera comprender el comportamiento de un ratón de laboratorio, que aprende muchas cosas porque quiere la recompensa.¹⁰

⁹ A. ADLER, *Conocimiento del hombre*, Espasa-Calpe, Buenos Aires 1947, 23.

¹⁰ Cf. C. SANTAMARÍA, *Historia de la Psicología, El nacimiento de una ciencia*, Ariel, Barcelona 2001, 136: "Para Tolman, la conducta ha de estudiarse en unidades mayores que las propuestas por Watson. Es decir, el análisis de elementos *moleculares* tales como las secreciones glandulares o los movimientos musculares deben dejar paso a conductas de carácter *molar* que se definen por el objetivo que persiguen. Todo el comportamiento está

D. Motivación y bien

¿Qué cosas son de por sí capaces de motivarnos? Aquellas que son buenas o valiosas. El bien o valor es aquello que de por sí es capaz de atraer el apetito y, por lo tanto, de motivar la acción que lo realiza. Esto lo tenía bien claro Aristóteles, que comienza su *Ética Nicomáquea*, libro dedicado al estudio del comportamiento y del carácter, por la consideración del bien como fin. Dice el Estagirita:

"Todo arte y toda investigación científica, lo mismo que toda acción y elección parecen tender a algún bien; y por ello definieron con toda pulcritud el bien los que dijeron que es aquello a que todas las cosas aspiran."

El bien es "*quod omnia appetunt*", lo que todas las cosas apetecen. El apetito del hombre sale de su indiferencia sólo ante la presencia de algo bueno, valioso, que merece la pena ser obtenido o realizado. Bueno es algo que es perfecto o que posee una cierta perfección o dignidad, que es adecuado al apetito. Lo bueno suscita el amor y el deseo, y cuando es alcanzado, produce el gozo. Esto no quiere decir que lo que nos motiva sea la obtención del gozo o del placer. Lo que nos motiva es la percepción de la adecuación de la cosa al apetito, el bien mismo. El goce es un corolario necesario e inseparable de la operación perfecta, es decir, de la que realiza el bien.

E. Indigencia y plenitud en la motivación

Hemos visto que para algunas corrientes, la acción es "motivada" de algún modo por la indigencia del sujeto. Esta postura podría ser mantenida aún fuera de una visión homeostática o fisiológica. Según esto, no se actuaría en orden a un fin, que es un bien, si no se estuviera necesitado, de algún modo, de ese bien. Como, porque tengo hambre y estudio, porque tengo necesidad de saber. La postura contraria, sostenía que el sujeto humano se identifica con la capacidad de auto-construirse libremente, sin estar determinado desde el exterior por una realidad de la que carezca.

La dificultad es importante, y merece ser aclarada. La experiencia más evidente muestra que la mayoría de nuestros comportamientos se orientan a conseguir algo de lo que estamos necesitados, en el sentido amplio de la palabra (no sólo en el de las necesidades fisiológicas). Sin embargo, en primer lugar, hay que resaltar que aún en los casos en que actuamos para subsanar una carencia, esta acción nuestra es posible sólo en la medida en que no somos carentes, es decir, en que poseemos la capacidad de colmar esa necesidad. Sin la capacidad de comer, p. ej., no saciaríamos el hambre.

Por otro lado, en segundo lugar, hay toda una serie de operaciones humanas que no se realizan para satisfacer una necesidad en el sentido de una carencia. Ésta es la operación perfecta. Por ejemplo, nosotros podemos

enfocado, según Tolman, a objetivos concretos. Es decir, la conducta es *propositiva*"; Cf. J. NUTTIN, *Teoría de la motivación humana*, 30: "La conducta así concebida se sitúa cómodamente a continuación de lo que algunos conductistas poco ortodoxos, como Holt (1915; 1931) y Tolman (1932; 1959), han escrito sobre su carácter esencialmente finalista. Ya en 1915, Holt escribió: 'Al estudiar la conducta, conviene observar al hombre en su totalidad; es decir, que sus movimientos deben ser estudiados hasta que se descubra *qué es lo que exactamente hace*. Lo que hace el hombre a quien veo pasar ante mi ventana, no es, tal vez, pasearse por la calle, sino llevar una carta al correo. Interesa descubrir el objeto, la situación o el proceso *en los que su conducta es una función constante*'."

considerar con nuestra mente conocimientos adquiridos con anterioridad, y no orientados a un fin práctico ulterior (como cuando filosofamos), y no porque lo necesitamos, sino porque queremos. Algo semejante se observa en la vocación del docente, y en general en todas las acciones en las que se da a los demás lo que uno tiene (sobre todo lo que uno tiene interiormente). Más allá de que en determinadas circunstancias esto se haga en un contexto que implique una remuneración, muchas veces y en realidad de por sí, implica una donación que no depende intrínsecamente de una necesidad del sujeto. Esto no quiere decir que no haya un "fin" o "bien" motivador. Este fin no es un bien del que carezcamos, sino que es el bien mismo que poseemos, en cuanto capaz de difundirse a otros. *Bonum diffusivum sui*, decían los escolásticos¹¹: el bien, de suyo, tiende a difundirse, a manifestarse, no por necesidad, sino como una invitación libre a perfeccionar.

La postura contraria, en cambio, peca en el no reconocimiento de que la actividad humana supone anteriormente la "recepción". Nosotros venimos al mundo con una cierta dotación inicial de perfección, pero se trata de una perfección finita, limitada, "creada". A partir de esta perfección, con la ayuda de la perfección que encontramos fuera de nosotros (en el mundo y sobre todo en las personas), esta perfección inicial se completa. El humanismo y el constructivismo tienden en el fondo a colocar al hombre en el lugar de Dios creador, que es el único que opera libremente sólo por la manifestación de su Bondad infinita. El hombre no es infinitamente creativo, por lo que en él la motivación, que siempre es un fin, que es un bien, no puede ser en todo momento y desde el inicio la sola manifestación de su poder "creativo".¹²

F. Motivación y cognición

Hemos dicho que de por sí, es capaz de motivarnos el bien. Pero en modo próximo y efectivo nos motiva el bien en cuando percibido o evaluado por nosotros. Una cosa nos motiva en la medida en que la consideramos como un bien para nosotros. Esto es lo que se suele llamar el aspecto "cognitivo" de la motivación, que las teorías conductistas no consideraron. Dice Nuttin: "Contrariamente a lo que sucede en el proceso físico, no es precisamente la situación de arranque (estímulo) la que regula la conducta, sino la situación a

¹¹ Cf. por ejemplo S. TOMÁS DE AQUINO, *De Veritate*, q. 21, a. 1, ad 4: "*diffundere, licet secundum proprietatem vocabuli videatur importare operationem causae efficientis, tamen largo modo potest importare habitudinem cuiuscumque causae sicut influere et facere, et alia huiusmodi. Cum autem dicitur quod bonum sit diffusivum secundum sui rationem, non est intelligenda diffusio secundum quod importat operationem causae efficientis, sed secundum quod importat habitudinem causae finalis; et talis diffusio non est mediante aliqua virtute superaddita. Dicit autem bonum diffusionem causae finalis, et non causae agentis: tum quia efficiens, in quantum huiusmodi, non est rei mensura et perfectio, sed magis initium; tum etiam quia effectus participat causam efficientem secundum assimilationem formae tantum, sed finem consequitur res secundum totum esse suum, et in hoc consistebat ratio boni.*"

¹² Cfr. S. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q. 44 a. 4, co: "*Omne agens agit propter finem: alioquin ex actione agentis non magis sequeretur hoc quam illud, nisi a casu. Est autem idem finis agentis et patientis, in quantum huiusmodi, sed aliter et aliter: unum, enim et idem est quod agens intendit imprimere, et quod patiens intendit recipere. Sunt autem quaedam quae simul aguntur et patiuntur, quae sunt agentia imperfecta: et his convenit quod etiam in agendo intendant aliquid acquirere. Sed primo agenti, qui est agens tantum, non convenit agere propter acquisitionem alicuius finis; sed intendit solum communicare suam perfectionem, quae est eius bonitas. Et unaquaeque creatura intendit consequi suam perfectionem, quae est similitudo perfectionis et bonitatis divinae. Sic ergo divina bonitas est finis rerum omnium.*"

alcanzar, en la medida en que está cognitivamente presente en el sujeto que actúa."¹³

Esto tiene como consecuencia que, las cosas verdaderamente buenas pueden no tener un efecto motivacional si no son percibidas como tales por la persona.¹⁴ Y, por el contrario, cosas que en la realidad son malas, nocivas o patológicas, son estimadas por algunas personas como buenas, o incluso como excelentes. De modo semejante, la jerarquía de valores puede estar alterada en la concepción de una persona. Pero es justamente el bien en tanto que concebido por la persona lo que mueve el apetito y produce la acción. De aquí la importancia, en el conocimiento de la personalidad individual, de su modo de concebir los bienes.

G. Sólo motiva lo "posible"

Pero no es suficiente que una cosa sea estimada como buena para que motive. Hay muchas cosas que la gente juzga como valiosas y buenas, y que sin embargo no las mueven a hacer nada. Para que algo motive, es decir, para que "llame" a la persona a buscarla o realizarla, es necesario no sólo que la considere buena (y buena para ella), sino que la estime como posible.

Aquí por posible entendemos aquello que es efectivamente realizable. Puede serlo para la persona sola, o puede serlo con la ayuda de otros. En la medida en que alguien considera algo como irrealizable, por más bueno que sea y por más valioso que la persona lo considere, no se moverá a realizarlo.

En nuestras sociedades actuales, que parecen fijarse como meta principal el "estado de bienestar", y en las que las condiciones materiales mínimas para ello están muchas veces garantizadas, sin embargo se observa un estado de malestar fundamental, que no parece responder a nada concreto. Se trata de una crisis de valores, es decir de bienes. Muchos consideran a la realidad como carente de sentido. Otros se sienten incapaces de obtener el estado de vida ideal y ficticio, liberado de todo sufrimiento y en el que el éxito y el amor son cosas fáciles, que les presentan los medios masivos de comunicación. Detrás de esto se vislumbra una profunda crisis moral y espiritual del mundo occidental, una crisis de su relación con el fin último de la vida. Lo cual nos nos lleva al siguiente tema.

H. Motivación puntual y sentido de la vida

Una cosa es la motivación más o menos inmediata de una conducta, y otra es la motivación última de toda nuestra conducta, y de nuestra vida en general, también de nuestros procesos psíquicos internos. Lo que se suele llamar el sentido de la vida (Adler), o más precisamente, el problema del fin último (Aristóteles). Con mucha razón, la filosofía clásica distinguía entre el

¹³ J. NUTTIN, *Teoría de la motivación humana*, 30. Este es un concepto de sentido común, resaltado por la corriente cognitivista. En el campo de la psicoterapia, cf. por ejemplo A. ELLIS - R. GRIEGER, *Manual de Terapia Racional-Emotiva*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2000, 21: "Así afirma la RET (como observaba Epicteto hace unos 2.000 años): Las cosas que ocurren no son las que te perturban, sino la *opinión* que tienes de ellas. O, en los términos de la RET, A (el Acontecimiento Activador) no causa directamente C (la Consecuencia emocional y conductual); sino B (tus Creencias acerca de A)."

¹⁴ Por ejemplo, Dios es el *Summum Bonum*, el Bien mismo subsistente. Y sin embargo, mientras que para algunos el amor a este Bien es lo que pone en movimiento toda su vida y es el motivo último por el que hacen todo lo que hacen (como es el caso de los santos), a otros les es indiferente, fuente de hastío o incluso, es considerado como un mal.

objeto de un acto humano, que es su *fin próximo (finis operis)*, y un fin ulterior al que éste se ordena como medio (*finis operantis*). Este último justifica al anterior. Yo estudio, acto que tiene como objeto y fin lo estudiado, para saber, o para obtener un título que me habilite al ejercicio de una profesión, o para superarme, etc. O también: alguien roba para comer; actúa según tendencias compulsivas para calmar su angustia; simula para ser aprobado; adula para obtener el favor de alguien más poderoso, etc.

"Si existe un fin de nuestros actos querido por sí mismo, y los demás por él; y si es verdad también que no siempre elegimos una cosa en vista de otra -sería tanto como remontar al infinito-, es claro que ese fin último será entonces no sólo el bien, sino el bien soberano. Con respecto a nuestra vida, el conocimiento de este bien es cosa de gran momento, y teniéndolo presente, como los arqueros el blanco, acertaremos mejor donde conviene." (Aristóteles)

Todos los fines en orden a los que actuamos y nos comportamos, o son lo que en última instancia queremos (o sea, el "bien supremo"), o son fines parciales, es decir, otros tantos medios que se ordenan a un fin ulterior. Este fin ulterior da sentido a nuestro comportamiento y a nuestra vida en general. Tanto para entender un comportamiento o cualquier otra acción en particular, como para comprender la totalidad de la personalidad, es decir la estructura operativa habitual de la persona, es fundamental darse cuenta de hacia dónde va globalmente la totalidad de su vida. En psicoterapia, fue Alfred Adler el que reintrodujo esta antigua idea. Uno de sus libros se llama, justamente, *El sentido de la vida*. Y muchos discípulos han tomado de Adler la idea de la centralidad del sentido de la vida, como V. Frankl.

4.2. Personalidad y fin último

A. Tipos de personalidad, según el fin

Evidentemente, la personalidad no se determina sólo por el fin último que persigue. Hay muchos otros elementos que intervienen, que estudiaremos después. Pero lo cierto es que el fin último lo hace en como causa final, y determina la causa formal (en el orden operativo, la forma la da el fin). Los otros elementos, en cambio, de otro modo, generalmente material.

Sería posible hacer una clasificación de personalidades según el fin último a que se orientan sus conductas, y es algo que ya hizo Aristóteles al dividir cuatro géneros (o estilos, diría Adler) de vida: a. La vida voluptuosa, que se ordena al goce sensible como fin último; b. la vida lucrativa, que se ordena a las riquezas; c. la vida política, que se dirige al orden racional de la vida humana y comunitaria; d. la vida contemplativa, que tiene como fin la contemplación de la verdad. En la medida en que el fin es el factor más determinante de la personalidad, estos cuatro estilos de vida, dan lugar a cuatro tipos de personalidad, que podemos denominar: a. estética, b. utilitarista, c. social y d. contemplativa.

E. Spranger hizo una clasificación y división de los tipos de personalidad muy cercano al de Aristóteles, basado en el criterio del "valor" predominante. Así, distinguió seis "tipos ideales básicos de la individualidad": a. el hombre teórico; b. el hombre económico; c. el hombre estético; el hombre social; el hombre político; y el hombre religioso. Creemos que la división que se basa en el criterio aristotélico es más rigurosa, por lo que es la que seguiremos, teniendo en cuenta, sin embargo, la descripción de Spranger.

a. La personalidad estética o hedonista

Aquí no entendemos estético en el sentido artístico que frecuentemente tiene en el lenguaje corriente. Etimológicamente "estético/a" procede del griego αἰσθητικός, que quiere decir "sensible". Por lo tanto, la personalidad "estética" se define por considerar como fin último el goce sensible.

Los placeres sensibles más intensos son sin duda los del sentido del tacto, y más en particular los de la comida, la bebida y el sexo. Por lo tanto, la personalidad estética es aquella que ordena toda su vida, es decir sus operaciones, a la obtención de este tipo de placeres.

Estas personas generalmente tienen como lema "vivir el momento", disfrutar el instante. Esto no quiere decir que carezcan siempre de planificación. La vida "hedonista" puede ser muchas veces muy planificada. De hecho, nuestras sociedades occidentales modernas, con su complejidad técnica, parecen muchas veces fundadas sobre un principio hedonista. Si no se puede disfrutar, entendiendo por esto el goce sensitivo y la liberación del sufrimiento corporal, la vida no merece la pena ser vivida. De aquí procede la descalificación de la vejez y la invalidez. El que posee una personalidad "estética", busca siempre estar sano y joven. Aunque esto en la medida en que no se opone a su afán de sensaciones, que muchas veces, a causa de su carácter adictivo, puede conducir a la propia autodestrucción (enfermedad, bancarrota, divorcio, etc.).

El deseo de experiencias es propio de la personalidad hedonista. Éste se debe a que lo que uno desea como fin último, lo desea sin límites. Dada la limitación de los objetos que nos causan placer, éstos tarde o temprano producen hastío. De aquí procede el afán por probar nuevas sensaciones, que muchas veces termina conduciendo a la adicción o a la perversión.

El mundo de la personalidad estética está estructurado según un esquema perceptivo en el que, del horizonte de sensaciones indiferentes, destacan los objetos capaces de satisfacer el deseo. Es lo que Rudolf Allers llama un "mundo fotocéntrico" o "monofótico": "*Photos* significa deseo, apetencia; y justamente este mundo está caracterizado por el hecho distintivo de que está centrado en torno a un deseo dominante, cuya satisfacción es la condición indispensable -según la ve el sujeto- para existir."¹⁵

El narcisismo es el rasgo central de la persona estética. En el cuadro del mundo, no percibe otra cosa que referencias a sí mismo, es decir, aquello que

¹⁵ R. ALLERS, *Existencialismo y psiquiatría*, Troquel, Buenos Aires 1963, 94; 95: "Es evidente que al mundo fotocéntrico le corresponde una de las existencias más hondamente inauténticas. La suya está aún más alejada de la existencia auténtica que la del neurótico. [...] En el mundo del fotocéntrico, empero, la personalidad deja de estar en un primer plano. La existencia, consecuentemente, consiste en una búsqueda de la satisfacción del único deseo. Al mundo se lo ve, exclusivamente, como a un conjunto de situaciones que conceden o niegan satisfacción."

puede colmar su apetito por un rato. La concepción psicoanalítica, que ve las relaciones con las personas como relaciones "objetales", adolece del mismo defecto que la vivencia hedonista. El hedonista es ciego para la persona. En sus semejantes, la personalidad estética no ve personas, sino "objetos" de su deseo, u "obstáculos" a la satisfacción del mismo.

La capacidad de estas personas para la consideración puramente desinteresada de la realidad, especialmente para las "verdades eternas", propia de la actitud contemplativa, se halla embotada o cegada. Sus consideraciones racionales se hallan sujetas a la finalidad hedonista puramente intra-mundana.

Por su misma orientación, este tipo de personalidad expone a trastornos como las adicciones (al alcohol, las drogas, el sexo, etc.), pero también, al hastío que conduce muchas veces a la depresión y al suicidio.

b. La personalidad mercantil o utilitarista

La persona que se propone como meta última el dinero, es la que aquí llamamos "mercantil". No se trata de apetecer el dinero *para* otra cosa (el poder, el placer, etc.), sino que, perdiendo de vista el carácter meramente útil del dinero (de aquí que hablemos de personalidad "utilitarista"), se lo busca como si fuera el fin último de la vida. Por este motivo, Aristóteles decía con razón que "en cuanto a la vida de lucro, es ella una vida antinatural [...] porque es un bien útil, que por respecto de otro bien se desea". Por lo tanto, la personalidad utilitarista se caracterizará por un alto grado de artificialidad.

Su modo de percibir el mundo está centrado en la obtención de dinero. Por lo tanto, como sucedía en el caso anterior, en la relación con las personas difícilmente llegarán a la amistad desinteresada. Los otros le importan en la medida en que pueden servir para su intención de lucro. Por lo tanto, sólo como medios para la obtención de riquezas, y no como sujetos receptores de bienes que él les procuraría. Los otros son reducidos a "mercancías", útiles para conseguir más mercancías. Nótese que de este modo, se pierde de vista un término en la adquisición de riquezas, porque éstas pueden (potencialmente) aumentar infinitamente. Se trata de reemplazar la infinitud en "intensidad", a la que aspira el corazón humano, por una infinitud cuantitativa y horizontal, que no deja lugar al reposo. El intercambio, el movimiento, el proceso, se transforma en un fin en sí mismo, que no conduce a otra cosa sino a más movimiento.

Muchas veces, estas personas manejan su propia vida como si fuera una mercancía más, perdiendo de vista su más profunda dignidad. E. Fromm enumera entre las orientaciones caracteriales "improductivas" a la "orientación mercantil": "Llamo orientación mercantil a la orientación del carácter que está arraigada en el experimentarse a uno mismo como una mercancía, y al propio valor como un valor de cambio."¹⁶

Este tipo de personalidad expone al *stress* y la ansiedad, como lo explica Fromm:

"En vista de que el hombre se experimenta a sí mismo como vendedor y al mismo tiempo como mercancía, su autoestimación depende de condiciones fuera de su control. Si tiene éxito, es valioso, si no lo tiene, carece de valor. El grado de inseguridad resultante de esta orientación difícilmente podrá ser

¹⁶ E. FROMM, *Ética y psicoanálisis*, 82.

sobreestimado. Si uno siente que su propio valer no está constituido, en primera instancia, por las cualidades humanas que uno posee, sino que depende del éxito que se logre en un mercado de competencia cuyas condiciones están constantemente sujetas a variación, la autoestimación es también fluctuante y constante la necesidad de ser confirmada por otros. De aquí que el individuo se sienta impulsado a luchar inflexiblemente por el éxito y que cualquier revés sea una grave amenaza a la estimación propia; sentimientos de desamparo, de inseguridad e inferioridad son el resultado. Si las vicisitudes del mercado son los jueces que deciden el valor de cada uno, se destruye el sentido de la dignidad y del orgullo."¹⁷

c. La personalidad social

Por este nombre comprendemos la de aquellas personas que estiman que el fin de la vida pertenece a la esfera social o política. Aquí se pueden en realidad distinguir dos subtipos: α . Los que cifran el sentido de la existencia en ser apreciados por la sociedad, que tienen una personalidad que podemos llamar *altero-adicta*; β . Los que consideran que la meta última de la vida es el gobierno racional de la vida social, que podemos llamar *personalidad política*.

α . La personalidad altero-adicta: Es la de aquellas personas cuya conducta se orienta, no a *ser* personas más plenas, sino a *parecer*. Su comportamiento está siempre en referencia a lo que los otros pensarán o dirán de ellos. Hay un fondo de hipocresía en este tipo de personas, porque no practican la virtud (o, eventualmente, el vicio) porque la vean como en sí misma valiosa, ni sirven a la sociedad y al bien común por lo que esto significa en sí mismo, sino sólo en la medida en que les atrae la admiración y la alabanza de los demás. Estos hombres, sin embargo, están realmente vacíos interiormente, porque, como dice Aristóteles "el honor está más en quien lo da que en quien lo recibe", y este vacío e *inautenticidad* de su vida se les puede hacer manifiesto, en forma de depresión, cuando el aprecio de los demás, en el que para ellos (conciente o inconscientemente) consiste el sentido de la vida, se esfuma. En esta "adicción" a la honra y aprecio de los otros, se manifiesta un fondo muy grande de inseguridad y de falta de confianza en sí mismos. Como dice el Estagirita, "los que persiguen los honores lo hacen al parecer para persuadirse a sí mismos de su propia virtud". Sólo a través de la aprobación social adquieren el "sentimiento de personalidad" (Adler). Estas personas adquieren muchas veces una enorme astucia para comportarse en cada situación como se espera de ellos, y su atención está muy especializada en captar rápidamente los medios que conducen al fin de la propia alabanza. Del mismo modo, esta personalidad inclina a la intolerancia a las derrotas, para evitar las cuales el individuo afina enormemente la capacidad de auto-observación. A este respecto vale lo que Alfred Adler dice en referencia al carácter neurótico:

"La función de la auto-observación es [...] la de agrupar tendenciosamente todas las impresiones provenientes del mundo exterior, reducirlas, por así decirlo, a un texto único, de modo de proveer al individuo de un medio, digamos, matemático o estadístico, es decir, de una eficacia tan probable como posible, adecuada para

¹⁷ *Ibidem*, 86.

salvar su originaria inseguridad primaria. Ello equivale a la evasión de una derrota."¹⁸

β. La personalidad política: Ésta es la que más propiamente llamamos personalidad social, porque, como dice Aristóteles, "los que persiguen los honores [...] procuran ser honrados por los hombres prudentes de que pueden hacerse conocer, y que el honor se les discierna precisamente como virtud, con todo lo cual dejan ver claro que aún en su propia estimación la virtud es un bien superior a la honra." La que llamamos aquí "personalidad política", entonces, es aquella que busca como fin último la adquisición de la perfección humana, en el orden individual y, sobre todo, social. La actitud de estas personas es la de que todo el bien de los hombres se juega en la correcta ordenación de la sociedad humana, y de ello hacen depender su comportamiento y sus esfuerzos. Aunque esta actitud se podría dar (y de hecho se da) en personas que teóricamente consideran que hay un bien trascendente a la comunidad humana (Dios), sin embargo, la postura teórica más consecuente con esta actitud es la del humanismo ateo o agnóstico: el bien supremo es la Humanidad misma, una humanidad que proclama su autonomía moral de las instancias que la trascienden.¹⁹ Estos pueden ser grandes "héroes" de la sociedad. Mientras que a los grupos anteriores pertenece mucha gente, a éste, muy poca. Generalmente son personas de convicciones firmes, dispuestas a sacrificarlo todo por la "Humanidad" (por el hombre abstracto, más que por el "prójimo", el hombre concreto). No siempre éstas son personas comprometidas con la política en el sentido más restringido del término, pero sí en sentido amplio, a través de los distintos ámbitos de la cultura. Son personas, además, que resultan atractivas para las demás y que, por lo tanto, terminan siendo puntos de referencia y, de algún modo, gobernando. Sin negar la importancia de los problemas que preocupan a estas personas, ni el valor objetivo de muchas de las causas que puedan defender, en la absolutización de la Humanidad (que a veces llega al desprecio del hombre individual), y en su tendencia a dirigir a los demás, se descubre un profundo orgullo latente.

Los que colocan el fin último en la *praxis* política, por otra parte, terminan muchas veces por absolutizar el proceso de elección libre, dejando de lado la orientación de la elección a un bien ulterior, y por lo tanto la ordenación de lo que Aristóteles llama "felicidad humana" o del "compuesto" (la que consiste en el ejercicio de la virtud política), a la felicidad última y plena, "divina". Se trata de una absolutización de la acción humana, como constructora de sí misma. Francisco Canals lo expresa muy bien:

"La tesis de que 'en el principio era la acción' es el mensaje nuclear de una ética en la que se consuman en el fondo el formalismo y el primado de la razón práctica, en la que no hay otro imperativo que la autorrealización del hombre, por una actividad incondicionada, no ordenada a otro fin que a la propia actividad. En la renuncia al deseo de felicidad -que se expresa en el compromiso faústico a la vez que el pacto de negarse a la quietud y sostenerse perpetuamente en el movimiento- se supone la ausencia en la

¹⁸ A. ADLER, *El carácter neurótico*, Planeta- De Agostini, Barcelona 1994, 87-88.

¹⁹ Pensamos, por ejemplo, en la moral iluminista, cuyo mayor representante es Kant (en su sistema Dios es un postulado de la razón práctica, que se ordena a hacer funcionar la moral), como también en el socialismo. En el ámbito de la psicología, esta postura ha sido explícitamente defendida por la "psicología humanista", en particular por Erich Fromm; cf. E. FROMM, *Ética y psicoanálisis*.

vida humana del dinamismo 'natural' a un fin, trascendente a la vida y a la acción. La acción es fin de sí misma porque sólo una acción incondicionada es, en tal perspectiva, el constitutivo del sentido del vivir humano."²⁰

Muchas veces estas personas pasan de un exaltado optimismo en las capacidades del Hombre, en su juventud, a un resignado (y a veces resentido) pesimismo en la vejez, cuando la realidad ha empañado la claridad del proyecto social al que adherían.

d. La personalidad contemplativa

Finalmente, tenemos la personalidad determinada por el apetito de verdad. Aquí hay que comenzar aclarando que entendemos el término contemplación en su sentido clásico (*theoria, contampatio*); se trata del apetito de conocer la Verdad última de las cosas, un deseo apasionado de conocer las causas primeras y finales de la realidad, causas que Aristóteles llamaba "divinas".

En cambio, también hay determinadas personas de perfil "científico", que consideran que el sentido de la vida consiste en la comprensión racional de las cosas del mundo, según sus causas próximas. Es lo que llamaríamos una *personalidad científica*. Ésta corresponde a la que E. Spranger llama "orientación teorética", que, según este autor, se mueve sobre todo según el ideal de la "objetividad", separada de otros aspectos (que él denomina "estéticos, religiosos, económicos y políticos"). Habría una orientación teorética cuando "predomina el valor del comportamiento puramente objetivo en la actividad mental consciente, que en la mayoría de los casos sólo continúa un trabajo ya iniciado históricamente"²¹. De todos modos, y a pesar de la "pureza" kantiana con la que Spranger quiere distinguir sus tipos²², nuestra impresión es que en su "orientación teorética", hay una mezcla de principios (el fin, una *forma mentis*, que puede ser independiente hasta cierto punto del fin, etc.).

La personalidad científica, como decíamos, es la de aquel que pone el sentido de la vida en conocer la estructura de la realidad intra-mundana, y a esto subordina todo el resto de las cosas. Este tipo de personalidad es aún más raro que el anterior, porque es difícil que una persona de la calle encuentre atracción por este tipo de operaciones, y sobre todo, que disponga de la oportunidad para llevar una vida ocupada en ello.

La personalidad contemplativa, en cambio, no es aquella que se orienta sin más al conocimiento de la verdad, sino la que busca el reposo del movimiento de su personalidad en la Verdad última que fundamenta todas las demás. Como en los casos anteriores, se desea con intensidad aquello que se apetece como fin último, porque es lo que consideramos que completa nuestra persona y nos hace felices. Por lo tanto, el contemplativo es alguien enamorado de la Verdad última, y a ésta orienta toda su vida de manera que prefiere sacrificar todos los bienes, antes que perder este bien preciosísimo. El que vive de este modo, aún cuando no deje, por el hecho de ser un hombre mortal, de tener necesidades, las satisface moderadamente en orden a la dicha

²⁰ F. CANALS, *Sobre la esencia del conocimiento*, 628-629.

²¹ E. SPRANGER, *Formas de vida. Psicología y ética de la personalidad*, Revista de Occidente, Madrid 1961, 129.

²² Tipos ideales, que a su juicio nunca se darían tal cual en la realidad (en lo que se ve la tendencia platonizante de Spranger). En cambio, nuestra tipología, con sus variaciones individuales, pretende ajustarse a verdaderos casos individuales, aunque atienda sólo a un aspecto (pero determinante) de la personalidad, que es el fin último.

que encuentra en la contemplación. Su fin es alcanzar la sabiduría, que consiste en una cierta comunidad y connaturalidad con las realidades más altas, e incluso, y principalmente, con el mismo Dios.

Atiéndase a que aquí todavía hablamos de la personalidad contemplativa desde el punto de vista meramente natural. Así, el mismo Aristóteles, cuatro siglos antes del nacimiento de Cristo, hablaba de la excelencia de la contemplación como bien último del espíritu humano, y al que no habría que renunciar sólo por el hecho de que en cierta manera supera nuestras capacidades.

"Si, pues, la inteligencia es algo divino con relación al hombre, la vida según la inteligencia será también una vida divina con relación a la vida humana. Mas no por ello hay que dar oídos a quienes nos aconsejan, con pretexto de que somos hombres y mortales, que pensemos en las cosas humanas y mortales, sino que en cuanto nos sea posible hemos de inmortalizarnos y hacer todo lo que esté en nosotros para vivir según lo mejor que hay en nosotros, y que por pequeño que sea el espacio que ocupe, sobrepasa con mucho a todo el resto en poder y dignidad."²³

Podríamos todavía, entonces, mencionar un tipo de personalidad contemplativa de orden sobrenatural (que implica el anterior) y que no es otra que la *personalidad cristiana*, que aspira a unirse *personalmente* con la misma Verdad que Dios mismo es, la unión mística y esponsal con el Verbo divino, que transfigura la personalidad con una riqueza que no se puede describir encerrándola en un "tipo" psicológico.

B. Distintas posturas de las corrientes psicológicas sobre el sentido de la vida

Una pregunta clásica es la de si hay un fin último verdadero y único para todos. Es evidente, para todos los filósofos y pensadores de la historia, que aquello a lo que todos los hombres aspiran más íntimamente es la felicidad. Las discrepancias aparecen a la hora de definir en qué consiste esta felicidad. No es un problema empírico (pues empíricamente surge el hecho de que muchos se dirigen a fines distintos), sino que tiene que ver con lo que el hombre es. Antes de dar nuestra postura, que ya se ha ido insinuando en nuestra descripción de los tipos de personalidad según el fin, mencionaremos las que sobre este punto han sostenido las distintas corrientes de psicología. No trataremos aquí de todas la teóricamente posibles, sino de aquellas que han sostenido las principales escuelas teóricas históricamente existentes.

a. Conductismo radical (Watson, Hull, Skinner)

En la medida que el conductismo abandona los criterios finalistas para la explicación de la conducta, es difícil decir qué sentido último tendría la vida humana para ellos. Ahora bien, de sus escritos, parece deducirse que su ideal de persona es el de aquella que cumple su rol en la estructura social, sin deficiencias ni malestar. De este modo, parecería que para ellos el sentido de la vida humana no es otra cosa que "funcionar bien". Esto es coherente con el mecanicismo del conductismo radical, que no ve en los hombres (ni en los demás animales) otra cosa sino una máquina. El sentido de la máquina no es otro que el de funcionar bien, la "eficiencia". Esta postura es sumamente

²³ ARISTÓTELES, *Ética Nicomáquea*, c.7, 1177 b 30-34, 1178 a 1-2.

antinatural, y transforma a la persona humana de fin en medio, aunque no se sabe en medio para qué cosa.

b. Biologismo

Las tendencias biológicas, en general también pretenden la eliminación del finalismo, por lo que nos encontramos ante la misma dificultad que en el caso anterior. Para el biologismo, el organismo humano no es esencialmente diverso de los otros organismos vivos. La diferencia entre el hombre y los otros seres vivos no sería sino una diferencia de grado. El sentido del organismo biológico que sería el hombre, en esta perspectiva, no sería otro que el vivir mismo, o mejor el sobrevivir. Porque, estando la realidad en constante transformación, y estando el organismo vivo situado en un ambiente sometido al cambio, se vería constantemente obligado a adaptarse a éste. El sentido del viviente sería, entonces, adaptarse al ambiente para que éste no lo destruya. En este sentido, la finalidad de la vida no es otra que permanecer, o, como se suele decir, mantener la "homeostasis". En esta perspectiva, no hay en la vida una tendencia al progreso, sino a la conservación. A esta visión adhieren generalmente los psicólogos biológicos de todas las épocas, los funcionalistas, e incluso S. Freud, con las aclaraciones que mencionaremos.

c. Humanismos

Aquí habría que distinguir, dentro de la denominada "psicología humanista", dos tendencias: α . Una, el humanismo individualista y relativista de autores como C. Rogers. β . Otra, el humanismo socialista y objetivista de E. Fromm.

α . Para Carl Rogers, el verdadero fin del hombre parecen ser los placeres, tener la libertad interior de experimentarlo todo, si mi organismo me lo "pide", más allá de las "rigideces" a que me presione mi "auto-concepto". En este sentido, más que "humanista", la de Rogers es una psicología animalista, pues considera como lo más específicamente humano, aquello en que coincidimos con los demás animales, el deseo y el placer del momento, descalificando la capacidad de superar lo particular por el pensamiento universal y, por lo tanto, de posponer la satisfacción sensual, en vistas a un fin más alto. Rogers afirma explícitamente su relativismo moral.

β . Fromm, en cambio, afirma la existencia de una moral objetiva, común a todos los hombres. Esta moral sería una consecuencia de la naturaleza humana, cuyo conocimiento teórico le corresponde a la psicología. Pero esta moral objetiva no tendría como fundamento último a Dios, sino a la Humanidad (abstractamente considerada). El sentido de la vida es, entonces para Fromm, el desarrollo libre de las propias capacidades humanas, según la propia naturaleza, que culmina en el servicio productivo a la Humanidad misma. Se trataría de desarrollar una "religión de la Humanidad", en la que, a modo feuerbachiano, todos los servicios que se le hacían a Dios se reapropien al servicio del hombre.

d. Psicología existencial

Como es sabido, una importante corriente de psiquiatría y de psicoterapia se basa en las filosofías fenomenológica y existencial. En este grupo, encontramos también dos tendencias fundamentales:

α . Existencialismo humanista: hay una tendencia, basada en las filosofías de Jean-Paul Sartre y de Paul Tillich, cuyo representante más importante ha sido Rollo May, y que sostiene prácticamente que el hombre se

identifica con su libertad, y que se elige a sí mismo a través de un proyecto de vida del que es inexorablemente responsable.

β. *Daseinspsychologie*: otra tendencia es la que se basa en el pensamiento de Martin Heidegger (especialmente en su obra *Sein und Zeit*), representada por autores como L. Binswanger, E. Minkowski, V. E. von Gebattel, M. Boss, etc. En éstos, aunque el hombre se deba hacer cargo de su existencia, si no quiere vivir "inauténticamente", ha sido arrojado a ella. La vida auténtica no implica sólo la elaboración de un proyecto de vida libre y responsable, sino también la asunción del ser-para-la-muerte que es el hombre. Esta muerte resulta ser, entonces, el horizonte de posibilidad de todos los posibles proyectos del hombre. En este contexto, si la vida tiene sentido, éste es sólo intramundano.

e. Psicoanálisis de Freud

Para Freud, la vida no tiende al progreso, sino a la conservación, e incluso, va hacia atrás, busca la recuperación de un estado anterior. Por este motivo, a pesar del hedonismo que se manifiesta en muchos escritos de Freud y de sus discípulos, el gozo no es el fin de la vida, sino que el fin de la vida es la disolución y la muerte. El mundo de Freud, es un mundo en descomposición, y sin esperanza de mejora. Es la misma estructura de la realidad la que hace que esto sea imposible. La vida no tiene sentido, y por eso el análisis es "interminable".

f. Psicología individual

Para la escuela de Alfred Adler, el sentido sano de la vida consiste en la realización del "sentimiento de comunidad", que se opone al egocentrismo neurótico. En el fondo se trata de la vida política. Para Adler el fin último del hombre está en su integración en la comunidad humana y en su servicio a ella. Sin formularlo tan filosóficamente, el resultado último es semejante al de la ética socialista de Fromm.

C. El fin último del hombre según el pensamiento humanista clásico y según el mensaje cristiano

Nuestra respuesta personal en cambio, se mueve en la línea de la filosofía clásica y del cristianismo. A la pregunta sobre el fin último, respondía Aristóteles considerando que el fin último del hombre tendría que consistir en la operación de la mejor parte del hombre, sobre el mejor de los objetos. Lo distintivo del hombre es su parte espiritual o "intelectiva", y el mejor de los objetos son las realidades más elevadas, las realidades "divinas", que son las causas primeras y últimas de la realidad. Por eso, para Aristóteles, pensador cumbre del ideal griego y humano natural, la contemplación de lo divino, aunque imperfectamente, es la felicidad más alta a la que puede aspirar el hombre en esta vida. El Estagirita llega a usar expresiones muy fuertes en este sentido, para ser un hombre que vivió en medio del paganismo en el siglo IV antes de Cristo: una elección será humanamente "sana" (buena, bella) o insana (mala, disarmónica), en la medida en que responda a la recta razón que la ordena a la contemplación y servicio de Dios. Merece la pena citar el texto de Aristóteles:

"Ya que también para el médico hay un criterio en referencia al cual juzga que el cuerpo es sano o no, y hasta qué punto se deba hacer una cosa y, si hecha bien, sea saludable, mientras que si está en defecto o en exceso ya no lo es más; así también para el hombre virtuoso debe

existir, a propósito de las acciones o elecciones de las cosas que son bienes por naturaleza, pero no dignos de alabanza, un criterio, sea para poseer, como para elegir y para evitar la abundancia y la falta de dinero y de los dones de la fortuna. En lo que precede se dijo que el criterio es 'como dice la razón'; pero esto es como si a propósito de la alimentación uno dijera: 'como dicen la medicina y su precepto racional': lo que es verdadero, pero no claro. Es necesario, por lo tanto, como también en los otros casos, vivir subordinándose al principio que manda, es decir, al estado habitual y a la actividad del principio que gobierna, como un esclavo está subordinado a la actividad del patrón y cada ser está subordinado al principio que lo debe gobernar. Y como también el hombre está por naturaleza compuesto de una parte que gobierna y de otra que es gobernada, cada uno, también, tendrá que vivir subordinándose al propio principio. Y esto de dos modos: de un modo es principio la medicina y de otro la salud y aquella es para ésta. Así sucede con la capacidad contemplativa. Pues el Dios no gobierna impartiendo órdenes, sino que es el fin en vista del cual imparte órdenes la prudencia; y 'el fin en vista del que' es de dos modos (la cosa ha sido explicada en otro lado), porque él, por lo que le respecta, no necesita nada. Aquella elección, por lo tanto, y aquella adquisición de los bienes naturales -respecto al cuerpo, o al dinero, o a los amigos, o a los otros bienes- que sobre todo promoverá la contemplación de Dios, ésa es la óptima y ése es el criterio más bello; en cambio, la que, por defecto o por exceso, impide servir y contemplar a Dios, es mala."²⁴

Esto no significa de ninguna manera negar los otros valores (los estéticos, económicos o políticos), sino afirmar que por encima de ellos, y dándoles dirección y sentido, está la aspiración, unificadora de la vida, a encontrarse con la Verdad última.

Como decíamos, en el cristianismo este ideal está plenamente asumido en la aspiración más alta de llegar a ver a Dios "cara a cara", es decir a tener un contacto personal inmediato con Él, por medio de la gracia y de la gloria. Para el cristiano, la Verdad última es Dios mismo, un Dios que es personal (tres Personas), con el que, por medio de la gracia y de la caridad, se puede entrar en intimidad. En este sentido, la contemplación cristiana es "personalista", y no tiene nada que ver con una fría personalidad "teorética" (Spranger²⁵). Todo el resto de realidades, adquieren su valor relativo sólo desde esta finalidad fundamental, el encuentro personal con Dios, que da sentido a toda nuestra existencia. San Agustín lo expresa con mucha pasión al inicio de las

²⁴ ARISTÓTELES, *Ética Eudemia*, L. VIII, c. 3, 1249 a 21-25, b 1-25. Casi parece estar leyendo el "Principio y fundamento" de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola: "El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar dellas, quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, quanto para ello le impiden. Por lo qual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiendo en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados."

²⁵ Este autor habla de una personalidad "religiosa". Pero al separarla de lo "teorético", se pierde de vista su carácter esencialmente contemplativo.

"Confesiones": "Nos hiciste para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en Ti" (*"Fecisti nos ad te et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te"*).